

sonidos agudos ó graves. Estos preparativos de los órganos de los sentidos para realizar sus funciones, estas contracciones de los músculos que preparan los órganos para recibir mejor las impresiones es una propiedad superior del tejido nervioso, del *neurón receptor*, que al recibir la impresión primera, reacciona y la refleja como movimiento preparatorio sobre músculos que disponen el órgano en condiciones de *ser bien excitado*. Esta propiedad se llama *acomodación*; los órganos de los sentidos acomodan, pues, para recibir las impresiones y transformarlas en sensaciones. Los músculos que preparan los órganos de estos aparatos receptores, tienen á su vez elementos nerviosos que los mueven y dirigen (nervios motores) así como también fibras nerviosas que nacen de ellos y van á los centros (bulbo protuberancia ó cerebro), llevando las impresiones de sus movimientos para dar la noción del trabajo realizado».

La fisiología no ha conseguido aún explicar satisfactoriamente este fenómeno de la acomodación. Se halla en este dilema: suponerlo un efecto puramente mecánico de la excitación sobre los nervios periféricos, un acto puramente reflejo, es avanzar una hipótesis arriesgada; suponerlo un acto consciente-voluntario es, por cuanto precede á la apercepción, absurdo.

Hallo la explicación de la acomodación en las percepciones y reacciones psico-físicas subconscientes-subvoluntarias. En efecto, *desde el momen-*

*to en que se produce la excitación, hasta el instante en que se aperciba conscientemente la sensación, transcurre un lapso de tiempo.* Maskelyne, astrónomo del Observatorio de Greenwich, comprobó, en 1795, que su ayudante Kinnebrook percibía siempre el pasaje de los astros en el Meridiano con un retardo de 0",5 á 0"8. Persuadido de que ello provenía de una incorregible negligencia, lo despachó. Más tarde, hacia 1820, comparando Bessel sus observaciones propias con las de otros astrónomos, especialmente de Struve y Argeiandez, notó que siempre se adelantaba á ellos, y buscando una causa de esta diferencia, descubrió la «ecuación personal». Las diferencias de esta ecuación personal suben á veces á más de un segundo, pero generalmente quedan debajo de 0",3. Depende de razas, edades y temperamentos. Circunstancias singulares han permitido fijar estas diferencias de ecuación personal para las percepciones de la vista. Aunque no se haya podido arribar á tales resultados con experiencias sobre los demás sentidos, es evidente que, antes de que lleguen la consciencia, las percepciones pasan por un breve espacio de tiempo, durante el cual se produce el fenómeno de la acomodación. Si las reacciones reflejas no bastan para explicarlo, ¿no se le hallaría, pues, una explicación más lógica correlacionándolo á la aún obscura fenomenología de lo subconsciente-subvoluntario? La ex-

plicación sería ésta: producida una excitación sobre la periferia, la periferia la transmite desde luego á la subconciencia; es una percepción subconsciente-subvoluntaria; esta percepción reacciona produciendo, en virtud de las expuestas leyes psicológicas, la acomodación. En ningún estado emocional halla una aplicación más exacta esta doctrina de la acomodación que en el miedo. Como todos sabemos, el miedo es una situación nerviosa compleja, á veces muy dolorosa, cuando es terror; otras, hasta placentera, cuando es una expectativa agradable. La escuela fisiológica que subordina la producción de los estados emocionales á alteraciones nerviosas sostiene que no es el miedo lo que produce y acelera la respiración y la pulsación, alza los cabellos, suda la frente, forma en la piel la *chaire de poule* y da escalofríos; que, por el contrario, la aceleración de la respiración y del pulso, los movimientos del cuero cabelludo, la exudación, la *chaire de poule* y los escalofríos, son los que producen... el miedo. La sensación psíquica del miedo es entonces una resultante de esas preparaciones físicas. Esta idea bizarra, que choca contra nuestra experiencia como un absurdo, por más autoridades que la sostengan, se aclara si se supone que existe entre el instante de la excitación y el de la sensación consciente un *periodo preparatorio de acomodación subconsciente*. Producido el estímulo externo, sentimos, *ipso facto*, la

impresión subconsciente del miedo, y entonces la subconciencia-subvoluntad prepara al organismo para sentirlo conscientemente. El instinto le da una defensa en todos sus síntomas fisiológicos, para que, en el momento en que pase á la conciencia, el organismo, de antemano preparado, resista mejor el choque. Si el choque se sintiese de súbito en la conciencia, sería mucho más violento; á repetirse con frecuencia, desgastaría el organismo.

La acomodación es, pues, un recurso del instinto para ir subconscientemente de lo más simple á lo más complejo: de la percepción subconsciente á la sensación subconsciente; de ésta, al acto subconsciente-subvoluntario (la acomodación); de éste, á la percepción consciente; de ahí, á la sensación consciente; de ahí, á la idea consciente; de ahí, al razonamiento subconsciente (asociación de ideas); de ahí, á la percepción; de ahí, al razonamiento consciente (dialéctico); de ahí, al acto consciente voluntario (la libertad). De tal modo la graduación de las operaciones psico-físicas sería así:

- 1.º Percepción subconsciente;
- 2.º Acomodación (acto subconsciente-subvoluntario);
- 3.º Asociación de ideas (razonamiento subconsciente);
- 4.º Apercepción;

- 5.º Razonamiento (consciente, dialéctico);  
6.º Libertad (acto consciente-voluntario).

Siguiendo un orden rigurosamente inductivo, de los fenómenos más simples á los más complejos, á esta última «observación» hubiera correspondido un sitio inmediato á la primera, relativa á los actos reflejos, de la cual es un corolario aclaratorio. La he dejado al fin por su difícil comprensión y su valor demostrativo para cerrar con ella la serie de hechos que cimentan la doctrina de la subconciencia-subvoluntad. Así como la teoría del instinto sintetiza la doctrina de la inteligencia, al menos en mi orden de ideas, la teoría expuesta sobre la acomodación condensa, como hemos visto, la doctrina de la subconciencia.

En resumen, infinitos hechos testifican:

- 1.º Que podemos, y aun normalmente debemos, sentir, percibir y razonar, sin darnos cuenta de lo que percibimos, sentimos y razonamos;  
2.º Que sólo tenemos conciencia de una parte, probablemente ínfima, de nuestras actividades psico-físicas;  
3.º Que todos los fenómenos de nuestra psiquis se inician en una región á la cual no alcanza nuestra *síntesis psicológica*, y de la cual esta *síntesis* no percibe sino las conclusiones;

4.º Que exclusivamente las conclusiones de la subconciencia-subvoluntad forman la *síntesis psicológica* de la conciencia;

5.º Que todas las actividades de la mente humana obedecen á una fuerza *x*, cuya esencia no es cognoscible, que llamo *ley del instinto*, y que podría igualmente llamarse *ley del placer y del dolor* ó *ley de la vida*.

El error capital de las filosofías clásica, escolástica y romántica es, á mi juicio, haber ignorado la subconciencia; haber puerilmente supuesto que todo lo que el hombre pensaba, decía y hacía, lo hacía, decía y pensaba tan consciente y voluntariamente como si él mismo, su Yo sintético, fuera la *causa sui*. Pero en cambio, á mi juicio, el mayor mérito de la metafísica moderna ha sido presentar—;aunque en términos bien nebulosos!—la existencia y la importancia de la subconciencia.

El *esse* de los escolásticos en boca de los metafísicos equivale á la subconciencia; el *operari*, á la conciencia-voluntad. Entonces su postulado *operari sequitur esse*, tan criticado de quienes no han podido entenderlo por sus reaccionarios prejuicios, resulta de una exactitud *fisiológica*. Las expresiones *vis sui conscia*, *vis sui potens nihil volitum nihil præcognitum* implican adelantar la confirmación del fenómeno que llamo conciencia-

voluntad, haciendo una sola entidad del significado de ambos términos.

En los metafísicos, lo que Kant llama el *mundo fenomenal*, equivale á la subconciencia; lo que llama el *mundo noumenal*, á una abstracción del campo de la conciencia-voluntad, al que supone, por vía de hipótesis, independiente de sus *antecedentes fenomenales* (antecedentes subconscientes). La profunda distinción que hacen los metafísicos, especialmente Kant, del *fenómeno* y la *cosa en sí* (el individuo total es un *fenómeno*; la libertad, en abstracto, es una *cosa en sí*) no es más que una abstracción de lo subconsciente (el *fenómeno*) y lo consciente (la *cosa en sí*). El Yo subjetivo de Fichte, que se abstrae del mundo causal, es la «ilusión» de la conciencia-voluntad. Lo *necesidad comprendida* como definición de la libertad de Schelling y Hegel equivale á lo siguiente: la *necesidad*, á la subconciencia, donde se elaboran obscuramente las determinantes de la conducta; la *compresión*, á la conciencia-voluntad, la inteligencia consciente y voluntaria que traduce, bien ó mal, los móviles que se apartan en la subconciencia. El *fuero interno* de que nos hablan ingenuamente Malebranche, apocalípticamente Hegel, místicamente Jacobi, simbólicamente Maine de Biran, confusamente Schleirmacher, enfatiquísimamente Schopenhauer, no es más que la subconciencia. La noción vaga de que la concien-

cia-voluntad es una representación subjetiva del mundo, generada por una serie de sensaciones subconscientes, sus causales objetivas, que obran dentro del individuo mismo, es lo que hace de cada sistema metafísico una larga sucesión de sombras, un sueño de sueños, que recuerda estos versos de Scarron:

Et je vis l'ombre d'un esprit  
Que traçait l'ombre d'un système  
Avec l'ombre de l'ombre même.

Pero, desgraciadamente, á esta hermosa *intuición* de la metafísica, la psico-fisiología contemporánea, por una prudencia que es casi cobarde, y á pesar de las elocuentes insinuaciones de la neuropatología, no ha respondido aún, proclamando una amplia y categórica doctrina de la subconciencia que se anteponga á la vieja y absurda doctrina de la conciencia total del hombre-*causa-sui*.